

nos ambos.—Cierto, dijo Amadís, pequeña es la causa; que el valor de cualquiera no hace perder el del otro.» Ellos vieron que decía buena razón, y dejaron la batalla, y preguntaron á Amadís si conocía él al caballero que se combatiera por la dueña en casa del rey Lisuarte, por que fué muerto Dardan el buen caballero. «¿Por qué lo preguntais? dijo él.—Porque lo querriamos hallar, dijeron ellos.—No sé, dijo Amadís, si lo decis por bien ó mal; pero yo le vi no há mucho en casa del rey Lisuarte.» E partióse dellos é fuése su camino. Los caballeros hablaron entre sí, é dando de las espuelas á los caballos, fueron en pos de Amadís; y él, que los vio venir, tomó sus armas, é ni él ni ellos traían lanzas, que las quebraran en sus justas. El Enano le dijo: «¿Qué es eso, Señor? ¿No veis que los caballeros son tres?—No me curo, dijo él; que si me cometen á sinrazon, yo me defenderé, si pudiere.» Ellos llegaron é dijeron: «Caballero, queremos pedirnos un don, é dadnoslo; si no, no os partiréis de nos.—Antes os lo daré, dijo él, si con derecho facerío puedo.—Pues decidnos, dijo el uno, como leal caballero, dónde cuidais que fallarémos el caballero por quien Dardan fué muerto.» El, que no podia al facer sino decir verdad, dijo: «Yo soy, é si supiera que tal era el don, no vos lo otorgara por no me loar dello.» Cuando los caballeros lo oyeron, dijeron todos: «¡Ay traidor! muerto sois.» Y metiendo mano á las espadas, se dejaron á él ir muy bravamente. Amadís metió mano á su espada, como aquel que era de gran corazon, é dejóse á ellos ir muy sañudo, por los haber quitado de su batalla; é lo acometian tan malamente, é hirió al uno dellos por cima del yelmo de tal golpe, que le alcanzó en el hombro, que las armas con la carne é huesos fué todo cortado fasta decender la espada á los costados; así, quedándole el brazo colgado, cayó del caballo ayuso, é dejóse ir á los dos, que le ferian bravamente, é dió al uno por el yelmo tal golpe, que se lo fizo saltar de la cabeza, é la espada decendió fasta el pescuezo, é cortóle todo lo mas dél, é cayó el caballero; y el otro, que esto vió, comenzó de huir contra donde viniera. Amadís, que lo vió en caballo corredor, y que se le alongaba, dejó de lo seguir, é tornó á Gandalin. El Enano le dijo: «Cierto, Señor, mejor recaudo llevo para el don que me prometistes que yo creía, é agora vamos adelante.» Así fueron aquel día á albergar á casa de un ermitaño, donde hobieron muy pobre cena.

En la mañana tornó al camino por donde el Enano guiaba, é andovo hasta hora de terciá; é allí le mostró el Enano en un valle hermoso dos pinos altos, y debajo dellos un caballero todo armado sobre un gran caballo, é dos caballeros que andaban por el campo tras sus caballos, que fuian, que el caballero del pino los había derribado, é debajo del otro pino yacia otro caballero acostado sobre su yelmo, é su escudo cabe sí, é mas de veinte lanzas al derredor del pino, y cerca dél dos caballos ensillados. Amadís, que los miraba, dijo al Enano: «¿Conoces tú estos caballeros?» El Enano le dijo: «¿Veis, Señor, aquel caballero que yace acostado al pino?—Veo, dijo él.—Pues aquel es, dijo el Enano, el buen caballero que demostráros habia.—¿Sabes su nombre? dijo Amadís.—Sí, Señor, que se llama Angriote

de Estravaus, y es el mejor caballero que yo en gran parte os podría mostrar.—Agora me di por qué tiene allí tantas lanzas.—Eso vos diré yo, dijo el Enano. El amaba una dueña desta tierra, y ella no á él; pero tanto la guerreó, que sus parientes por fuerza gela metieron en poder; é cuando en su poder la hobo dijo que se tenía por el mas rico del mundo. Ella le dijo: No os ternéis por cortés en haber así una dueña por fuerza; bien me podeis haber, pero nunca de grado mi amor habréis si antes no faceis una cosa. Dueña, dijo Angriote, ¿es cosa que yo puedo facer? Sí, dijo ella. Pues mandaldo, que yo lo compliré fasta la muerte. La dueña, que lo mucho desamaba, cuidó de lo poner donde muriese ó cobrase tantos enemigos, que con ellos se defenderia dél, é mandóle que él y su hermano guardasen este valle de los pinos de todos los caballeros andantes que por él pasasen, é que les hiciesen prometer por fuerza de armas que, pareciendo en la corte del rey Lisuarte, otorgarian ser mas hermosa la amiga de Angriote que las suyas dellos; é si por aventura este caballero su hermano, que veis á caballo, fuese vencido, que no se pudiese sobre esta razon mas combatir, y toda la recuesta quedase en Angriote solo, é guardasen un año el valle; é así lo guardan los caballeros de día, é á la noche albergan en un castillo que yace tras aquel otero que veis; pero dígovos que há tres meses que lo comenzaron, que aun hasta aquí nunca Angriote metió mano en caballero; que su hermano los ha todos conquistado.—Yo creo, dijo Amadís, que me dices verdad; que yo oi decir en casa del rey Lisuarte que fuera hi caballero que otorgara aquella dueña por mas hermosa que su amiga, é cuidó que ha nombre Grovenesa.—Verdad es, dijo el Enano; y, Señor, pues cumplí con vos, tenedme lo que me prometistes, é id conmigo donde habeis de ir.—Muy de grado, dijo Amadís. ¿Cuál es la derecha carrera?—Por el valle, dijo el Enano, mas no quiero que por ella vamos, pues tal embarazo tiene.—No te cures, dijo él, deso.» Entonces se metió adelante, é á la entrada del valle halló un escudero que le dijo: «Señor caballero, no paseis mas adelante, si no otorgais que es mas hermosa la amiga de aquel caballero que al pino es acostado que la vuestra.—Si Dios quisiere, dijo Amadís, tan gran mentira nunca otorgaré, si por fuerza no me lo hacen decir ó la vida no me quitan.» Cuando esto le oyó el escudero, díjole: «Pues tornáos; si no, haberos heis con ellos de combatir.» Amadís dijo: «Si ellos me cometen, yo me defenderé, si puedo.» E pasó adelante sin temor ninguno.

CAPITULO XVIII.

De cómo Amadís se combatió con Angriote é con su hermano, los cuales guardaban un paso de un valle, en que defendían que ninguno tenia mas hermosa amiga que Angriote.

Así como el hermano de Angriote lo vió tomó sus armas é fué yendo contra él, et dijo: «Cierto, caballero, gran locura fecistes en no otorgar lo que vos demandaron; que vos habréis á combatir conmigo.—Mas me place deso, dijo Amadís, que de otorgar la mayor mentira del mundo.—E yo sé, dijo el caballero, que lo otorgaréis en otra parte donde vos será mayor vergüenza.—No lo cuidó yo así, dijo él, si Dios quisiere.—Pues

guardáos,» dijo el caballero. Entonces fueron al mas correr de sus caballos el uno contra el otro, é firiéronse en los escudos, y el caballero falsó el escudo á Amadís, mas detúvose en el arnés é la lanza quebró; é Amadís lo encontró tan duramente, que lo lanzó por cima de las ancas del caballo; y el caballero, que era muy valiente, tiró por las riendas; así que, las quebró é llevólas en las manos, é dió de pescuezo y de espaldas en el suelo, é fué tan mal tratado, que no supó de sí ni de otro parte. Amadís descendió á él é quitóle el yelmo de la cabeza, é viole desacordado, que no hablaba, é tomándole por el brazo, tiróle contra sí, y el caballero acordó é abrió los ojos, é Amadís le dijo: «Muerto sois si vos no otorgais por preso.» El caballero, que la espada vió sobre su cabeza, temiendo la muerte, otorgóse por su preso. Entonces Amadís cabalgó en su caballo, que vió que Angriote cabalgaba é tomaba sus armas é le enviaba una lanza con su escudero. Amadís tomó la lanza y fué para el caballero, y él vino contra él al mas correr de su caballo, é hiriéronse con las lanzas en los escudos; así que, fueron quebradas sin que otro mal se hiciesen, é pasaron por ser muy hermosos caballeros que en muchas partes otros tales no se hallarian. Amadís echó mano á su espada é tornó el caballo contra él, é Angriote le dijo: «Estad, señor caballero; no os aquejeis de la batalla de las espadas, que bien la podréis haber, y creo que será vuestro daño (esto decía él porque pensaba que en el mundo no habia caballero mejor heridor de espada que lo era él), é justemos fasta que aquellas lanzas nos fallezcan ó el uno de nos caiga del caballo.—Señor, dijo Amadís, yo he que facer en otra parte, é no puedo tanto detenerme.—¿Cómo! dijo Angriote, ¿tan ligero os cuidais de mí partir? No lo tengo yo así; pero ruégoos mucho que antes de las espadas justemos otra vez.» Amadís se lo otorgó, pues que le placía, é luego se fueron ambos é tomaron sendas lanzas, las que les mas contentaron, é alongándose uno de otro, se dejaron venir contra sí, é firiéronse de las lanzas muy bravamente, é Angriote fué en tierra, y el caballo sobre él, é Amadís, que pasaba, tropezó en el caballo de Angriote y fué caer con él de la otra parte, é un trozo de la lanza, que por el escudo le habia entrado, con la fuerza de la caída entróle por el arnés é por la carne, mas no mucho, y él se levantó muy ligero, como aquel que para sí no quería la vergüenza, de mas sobre caso de su señora, é tiró ahína de sí el trozo de la lanza, é poniendo mano á la espada, se dejó ir contra Angriote, que le vió con su espada en la mano; é Angriote le dijo: «Caballero, yo os tengo por buen mancebo, é ruégoos que antes que mas mal recibais otorgueis ser mas hermosa mi amiga que la vuestra.—Callad, dijo Amadís, que tal mentira nunca será por mi boca otorgada.» Entonces se fueron acometer é herir con las espadas de tan fuertes golpes, que espanto ponian así á los que miraban como á ellos mismos, que los recibian, considerando entre sí poderlos sufrir; mas esta batalla no pudo durar mucho, que Amadís se combatia por razon de la hermosura de su señora, donde hoberia él por mejor ser muerto que fallecer un punto de lo que debia; é comenzó de dar golpes de toda su fuerza tan duramente, que la gran sabiduría ni la gran

valentía de herir de espada no le tuvo pro á Angriote, que en poca de hora lo sacó de toda su fuerza, é tantas veces le lizo descender la espada á la cabeza é al cuerpo, que por mas de veinte lugares le salia ya la sangre. Cuando Angriote se vió en aventura de muerte, tiróse afuera así como pudo é dijo: «Cierto, caballero, en vos hay mas bondad que hombre puede pensar.—Otorgadvos por preso, dijo Amadís, é será vuestra pro, que estáis tan mal tratado, que habiendo la batalla fin, la habria vuestra vida, é pesarme—y—a dello; que vos precio mas de lo que vos cuidais.» Esto decía él por la su gran bondad de armas, é por la cortesía de que usara con la dueña, teniéndola en su poder. Angriote, que mas no pudo, dijo: «Yo me vos otorgo por preso, así como al mejor caballero del mundo, é así como se deben otorgar todos los que hoy armas traen, é dígoos, señor caballero, que lo no tomo por mengua, mas por gran pérdida; que hoy pierdo la cosa del mundo que mas amo.—No perderéis, dijo Amadís, si yo puedo; que muy desaguizado sería si aquella gran medida que contra esa que decis usastes no sacase el pago é galardón que merece, é vos le habréis, si yo puedo, mas cedo que ante; esto vos prometo yo como leal caballero, cuanto torne de una demanda en que voy.—Señor, dijo Angriote, ¿ónde vos fallaré?—En casa del rey Lisuarte, dijo Amadís; que hí volveré, Dios queriendo.»

Angriote lo quisiera llevar á su castillo, mas él no quiso dejar el camino que ante llevara; é despedido dellos, se puso en la via del Enano para le dar el don que le prometiera; é anduvo cinco dias sin aventura hallar; en cabo dellos mostró el Enano un muy hermoso castillo é muy fuerte á maravilla; é díjole: «Señor, en aquel castillo me habeis de dar el don.—En el nombre de Dios, dijo Amadís, yo te lo daré, si puedo.—Esa confianza tengo yo, dijo el Enano, é mas despues que he visto vuestras grandes cosas.—E, Señor, ¿sabeis cómo ha nombre este castillo?—No, dijo él; que nunca en esta tierra entré.—Sabad, dijo el Enano, que ha nombre Valderin.» E así hablando llegaron al castillo, y el Enano dijo: «Señor, tomad vuestras armas.—¿Cómo! dijo Amadís, ¿serán menester?—Sí, dijo él, que no dejan dende salir tan ligeramente los que hí entran.» Amadís tomó sus armas é metióse adelante, y el Enano é Gandalin en pos dél, é cuando entró por la puerta cató á un cabo é á otro, mas no vió nada, é dijo contra el Enano: «Despoblado me semeja este lugar.—Por Dios, dijo él, á mí tambien.—Pues ¿para qué me trajiste aquí, ó qué don quieres que te dé?» El Enano le dijo: «Cierto, Señor, yo vi aquí el mas bravo caballero é mas fuerte en armas que cuidó ver, é mató allí en aquella puerta dos caballeros, y el uno dellos era mi señor, é á este mató tan crudamente como aquel en quien nunca merced hobo; é yo os quisiera pedir la cabeza de aquel traidor que lo mató; que ya aquí traje otros caballeros para le vengar, é mal pecado dellos, prendieron muerte, é otros cruel prison.—Cierto, Enano, dijo Amadís, tú haces lealtad; mas no debrias traer los caballeros, si ante no les dijese con quién se habian de combatir.—Señor, dijo el Enano, el caballero es muy conocido por uno de los bravos del mundo, é si lo dijese, no sería ninguno

tan ardid que conmigo osase venir. —E ¿sabes cómo ha nombre? —Sí sé, dijo el Enano; que se llama Arcalaus el encantador. Amadis cató á todas partes é no vió ninguno, é apeóse de su caballo é atendió hasta las vísperas, é dijo: «Enano, ¿qué quieres que haga? — Señor, dijo él, la noche se viene, é no tengo por bien que aquí alberguemos. — Cierto, dijo Amadis, de aquí no partiré fasta que el caballero venga, ó alguno que dél me diga. — Por Dios, yo no quedaré aquí, dijo el Enano, que he gran miedo; que me conoce Arcalaus é sabe que yo puno de le facer matar. — Todavía, dijo Amadis, aquí quedarás, é no me quiero quitar del don, si puedo.» E Amadis vió un corral adelante, é entró por él, mas no vió ninguno; é vió un lugar muy escuro con unas gradas que so tierra iban, é Gandalin llevaba el Enano porque le no fuyese, que gran miedo habia, é díjole Amadis: «Entremos por estas gradas, é veremos qué hay allá. — ¡Ay Señor! dijo el Enano, merced, que no hay cosa por que yo entrase en lugar tan espantoso; é por Dios dejadme ir, que mi corazon se me espanta mucho. — No te dejaré, dijo Amadis, hasta que hayas el don que te prometí, ó veas cómo hago mi poder.» El Enano, que gran miedo habia, dijo: «Dejadme ir, é yo os quito el don, é téngome por contento dél. — En cuanto en mí fuere, dijo Amadis, yo no te mando quitar el don; no digas despues que falté de lo que debia facer. — Señor, á vos dó por quito é á mí por pagado, dijo él, é yo vos quiero atender fuera por donde venimos fasta ver si is. — Véte á buena ventura, dijo Amadis, é yo fincaré aquí esta noche fasta la mañana, esperando el caballero.» El Enano se fué su via, é Amadis descendió por las gradas é fué adelante, que ninguna cosa veia; é tantó fué por ellas ayuso, que se falló en un llano, y era tan escuro, que no sabia dónde fuese; é fué así adelante, é topó en una pared, é trayendo las manos por ella, dió en una barra de yerro, en que estaba una llave colgada, é abrió un candado de la red, é oyó una voz que decia: «¡Ay señor Dios! ¿hasta cuándo será esta grande cuita? ¡Ay muerte! ¿ónde tardas do serias tanto menester?» Amadis escuchó una pieza é no oyó mas; entró dentro por la cueva, su escudo al cuello y el yelmo en la cabeza, é la espada desnuda en la mano, é luego se halló en un hermoso palacio, donde habia una lámpara que le alumbraba, é vió en una cama seis hombres armados, que durmian é tenían cabe sí escudos é hachas, y él se llegó é tomó una de las hachas é pasó adelante, é oyó mas de cien voces altas que decian: «¡Dios, Señor, envíanos la muerte, porque tan dolorosa cuita no suframos!» El fué muy maravillado de las oír, é al ruido de las voces despertaron los hombres que dormian, é dijo uno á otro: «Levántate é toma el azote é faz callar aquella cativa gente, que no nos dejan holgar en nuestro sueño. — Eso haré yo de grado, dijo él, é que laceren el sueño de que me despertaron.» Entonces se levantó muy presto, é tomando el azote, vió ir delante sí á Amadis, de lo que muy maravillado fué en lo allí ver, é dijo: «¿Quién va allá? — Yo vó, dijo Amadis. — E ¿quién sois? dijo el hombre. — Soy un caballero extraño, dijo Amadis. — Pues ¿quién vos metió acá sin licencia alguna? — No ninguno, dijo Amadis; que yo me entré. — ¿Vos? dijo

él; esto fué en mal punto para vos, que converná que seais luego metido en aquella cuita que son aquellos cativos que dan tan grandes voces.» E tornándose, cerró presto la puerta, é despertando á los otros, dijo: «Compañeros, veis aquí un mal andante caballero, que de su grado acá entró.» Entonces dijo el uno dellos, que era el carcelero, é habia el cuerpo é la fuerza muy grande en demasia: «Agora me dejad con él, que yo le poné con aquellos que allí yacen.» E tomando una hacha é una adarga, se fué contra él é dijo: «Si dudas tu muerte, deja tus armas; é si no, atiéndela, que presto desta mi hacha la habrás.» Amadis fué sañudo en se oír amenazar, é dijo: «Yo no daria por tí una paja; que, como quier que seas grande é valiente, eres malo é de mala sangre, é fallecerte ha el corazon.» E luego alzaron las hachas é firiéronse ambos con ellas; y el carcelero le dió por cima del yelmo, y entró la hacha bien por él, é Amadis le dió en el adarga; así que, gela pasó, y el otro que tiró afuera llevó la hacha en el adarga, é puso mano á la espada é dejósse ir á él é cortóle la asta de la hacha; el otro, que era muy valiente, cuidó meter la suya; mas de otra guisa le vino; que en Amadis habia mas fuerza que en ningun otro que se fallase en aquel tiempo, y el carcelero le cogió entre sus brazos, é punaba por lo derribar. E Amadis le dió de la manzana de la espada en el rostro, que le quebrantó la una quijada é derribólo ante sí atordido, é firiólo en la cabeza, de guisa que no hobo menester maestro; é los otros que los miraban dieron voces que lo no matase; si no, que él seria muerto. «No sé cómo averná, dijo Amadis, mas deste seguro seré.» E metiendo la espada en la vaina, sacó la hacha de la adarga, é fué á ellos, que contra él por lo ferir todos juntos venian, é descargaron en él sus golpes cuanto mas recio pudieron; pero él firió al uno, que fasta los meollos lo hendió, é dió con él á sus piés; é luego dió á otro que mas le aquejaba por el costado é abriólo; así que, lo derribó; é trabó á otro de la hacha tan recio, que dió con él de hinojos en tierra; é así este como el otro que lo querian herir demandáronle merced que los no matase. «Pues dejad luego las armas, dijo Amadis, é mostradme esta gente que da voces.» Ellos las dejaron, é fueron luego ante él.

Amadis oyó gemir é llorar en una cámara pequeña, é dijo: «¿Quién yace aquí? — Señor, dijeron ellos, una dueña que es muy cuitada. — Pues abrid esa puerta, dijo él, é verla he.» El uno dellos tornó do yacia el grande carcelero, é tomándole dos llaves que en la cinta tenia, abrió la puerta de la cámara; é la dueña, que cuidó que el carcelero fuese, dijo: «¡Ay varon! ¡por Dios habed merced de mí, é dadme la muerte, é no tantos martirios cuales me dades!» Otrosí dijo: «¡Oh Rey! en mal dia fui yo de vos tan amada, que tan caro me cuesta vuestro amor.» Amadis hubo della gran duelo, que las lágrimas le vinieron á los ojos, é dijo: «Dueña, no soy el que pensais, antes aquel que os sacará de aquí, si puede. — ¡Ay santa María! dijo, ¿quién sois vos, que acá entrar podistes? — Soy un caballero extraño, dijo él. — Pues ¿qué se hizo el gran cruel carcelero é los otros que guardaban? — Lo que será de todos los malos que se no emiendan,» dijo él; é mandó á uno

de los hombres que le trajese lumbre, y él así lo hizo; é Amadis vió la dueña con una gruesa cadena á la garganta, é los vestidos rotos por muchas partes, que las carnes se le parecian; é como ella vió que Amadis con piedad la miraba, dijo: «Señor, como quiera que así me veais, ya fué tiempo que era rica, como fija de rey que soy, é por rey soy en aquesta cuita. — Dueña, dijo él, no vos quejeis, que estas tales son vueltas é autos de la fortuna, porque ninguno las puede huir ni dellas apartar; é si es persona que algo vale aquel por quien este mal sufris é sosteneis, vuestra pobreza é bajo traer se tornará riqueza, é la cuita en grande alegría; pero en lo uno ni en lo otro poco nos debemos fiar.» E hizoze tirar la cadena, é mandó que le trajesen algo con que se podiese cubrir, y el hombre que las candelas llevaba trajo un manto de escarlata que Arcalaus habia dado á aquel su carcelero. Amadis la cubrió con él, é tomándola por la mano la sacó fuera al palacio, diciéndole que no temiese de allí volver si antes él no matasen; y llevándola consigo, llegaron donde el gran carcelero é los otros muertos estaban, de que ella fué muy espantada, é dijo: «¡Ay manos! cuántas heridas é cuántas cruizas fecho habeis á mí é á otros que aquí yacen, sin que lo mereciesen, é aunque vosotras la venganza no sintais, siéntelo aquella desventurada de ánima que os sostenia. — Señora, dijo Amadis, tanto que vos ponga con mi escudero yo tornaré á los sacar todos, que ninguno quede así.»

Fueron adelante, é llegando á la red, vino allí un hombre é dijo al que las candelas llevaba: «Diceos Arcalaus que dó es el caballero que acá entró, si lo matastes ó si es preso.» El hobo tan gran miedo, que no habló, é las candelas se le cayeron de las manos. Amadis las tomó é dijo: «No hayas miedo, rivaldo; ¿de qué temes siendo en mi guarda? Vé adelante.» E subieron por las gradas hasta salir al corral, é vieron que gran pieza de la noche era pasada, y el lunar era muy claro. Cuando la dueña vió el cielo y el aire, fué muy leda á maravilla, como quien no lo habia gran tiempo visto, é dijo: «¡Ay buen caballero! Dios te guarde é dé el galardón que en me sacar de aquí mereces.» Amadis la llevaba por la mano, é llegó donde dejara á Gandalin; mas no lo halló, é temióse de lo haber perdido, é dijo: «Si el mejor escudero del mundo es muerto, por él se hará la mayor é mas cruel venganza que nunca se hizo, si yo vivo.» Estando así, oyó dar unas voces, é yendo allá, halló al Enano que dél se partiera colgado por la pierna de una viga, é deyuso dél un fuego con cosas de malos olores; é vió á otra parte á Gandalin, que á un poste atado estaba, é queriéndolo desatar, dijo: «Señor, acorred ante al Enano, que muy cuitado es.» Amadis así lo hizo, que sosteniéndole en su brazo, con la espada cortó la cuerda é púsolo en el suelo, é fué á desatar á Gandalin, diciendo: «Cierto, amigo, no te preciaba tanto como yo el que te aquí puso.» E fuése á la puerta del castillo é hallóla cerrada de una puerta colgadiza; é como vió que no podia salir, apartóse al un cabo del corral, donde habia un poyo, é sentóse allí con la dueña; é tuvo consigo á Gandalin é al Enano é los dos hombres de la cárcel.

Gandalin le mostró una casa donde metieran su ca-

ballo, é fué allá, é quebrando la puerta, hallólo ensillado y enfrenado, é trájolo cabe sí, é de grado quisiera volver por los presos; mas hobo recelo que la dueña no recibiese daño de Arcalaus, pues ya en el castillo era, é acordó de esperar el dia, é preguntó á la dueña quién era el rey que la amaba, é por quién aquella gran cuita sofria. «Señor, dijo ella, siendo este Arcalaus muy grande enemigo del rey de quien yo soy amada, et sabiéndolo él, é no pudiendo dél haber venganza, acordó de la tomar en mí, creyendo que este era el mayor pesar que le facia; é como quiera que ante mucha gente me tomase, metióse conmigo en un aire tan escuro, que ninguno me pudo ver; esto fué por sus encantamientos que él obra. E púsome allí donde me fallastes, diciendo que padesciendo yo en tal tenebregura, é aquel que me ama en me no ver ni saber de mí, holgaba su corazon con aquella venganza. — Decidme, dijo Amadis, si vos pluguiere, quién es ese rey. — Arban de Norgales, dijo la dueña; no sé si dél habeis noticia. — A Dios, merced, dijo Amadis, que él es el caballero del mundo que yo mas amo; agora no he de vos tanta piedad como antes, pues que por uno de los mejores hombres del mundo lo sufristes, por aquel que con doblada alegría é honra vuestra voluntad será satisfecha.» Hablando en esto y en otras cosas, estovieron allí hasta la mañana que el dia fué claro. Entonces vió Amadis á las finiestras un caballero, que le dijo: «¿Sois vos el que me matastes mi carcelero é mis hombres? — ¡Cómo! dijo Amadis, ¿vos sois aquel que injustamente matais caballeros é prendaes dueñas é doncellas? Cierto yo os tengo por el mas desleal caballero del mundo, por haber mas cruexa que bondad. — Aun vos no sabeis, dijo el caballero, toda mi cruexa; mas yo haré que la sepais ante de mucho, é haré que no os trabajéis de emendar ni retraer cosa que yo haga á tuerto ó á derecho.» E tiróse de la finiestra, é no tardó mucho que lo vió salir al corral muy bien armado y encima de un gran caballo; y él era uno de los grandes caballeros del mundo que gigante no fuese. Amadis lo miraba, creyendo que en él habia gran fuerza por razon; é Arcalaus le dijo: «¿Qué me miras? — Mírote, dijo él, porque, segun tu parecer, podrias ser hombre muy señalado si tus malas obras no lo estorbasen, é la deslealtad que has gana de mantener. — A buen tiempo, dijo Arcalaus, me trajo la fortuna si de tal como tú habia de ser reprehendido, é fué para él, su lanza baja, é Amadis asimismo; é Arcalaus lo firió en el escudo, é fué la lanza en piezas, é juntáronse los caballos, y ellos uno con otro tan bravamente, que cayeron á sendas partes; mas luego fueron en pié, como aquellos que muy vivos é esforzados eran, é firiéronse con las espadas de tal guisa, que fué entre ellos una tan cruel é brava batalla, que ninguno lo podria creer si no la viesse; que duró mucho por ser ambos de tan gran fuerza é ardimento; pero Arcalaus se tiró afuera é dijo: «Caballero, tú estás en aventura de muerte, é no sé quién eres; dímelo porque lo sepa; que yo mas pienso en te matar que en vencer. — Mi muerte, dijo Amadis, está en la voluntad de Dios, á quien yo temo, é la tuya en la del diablo, que es ya enojado de te sostener, é quiere que el cuerpo, á quien tantos vicios malos ha dado, con

el ánimo perezca; é pues deseas saber quién yo soy, dígo-te que he nombre Amadís de Gaula, é soy caballero de la reina Brisena, é agora punad de dar cima á la batalla; que vos no dejaré mas folgar.» Arcalaus tomó su escudo é su espada, é firieronse ambos de muy fuertes é duros golpes; así que, la plaza era sembrada de los pedazos de sus escudos é de las mallas de las armas. E siendo ya la hora de tercia, que Arcalaus habia perdido mucha de su fuerza, fué á dar un golpe por cima del yelmo á Amadís, é no pudiendo tener la espada, salióle de la mano é cayó en tierra, é como la quiso tomar, pujóle Amadís tan recio, que le hizo dar con las manos en el suelo; é como se levantó, dióle con la espada un tal golpe por cima del yelmo, que le atordesció. Cuando Arcalaus se vió en aventura de muerte, comenzó de fuir contra un palacio donde saliera, é Amadís en pos dél, é ambos entraron en el palacio; mas Arcalaus se acogió á una cámara, é á la puerta della estaba una dueña, que miraba cómo se combatian. Arcalaus desde en la cámara fué tomó una espada é dijo contra Amadís: «Agora entra, é combátete conmigo.—Mas combatámonos en este palacio, que es mayor, dijo Amadís.—No quiero, dijo Arcalaus.—¿Cómo! dijo Amadís, ¿ende te crees amparar?» El poniendo el escudo ante sí, entró con él, é alzando la espada por lo ferir, perdió la fuerza de todos los miembros y el sentido, é cayó en tierra tal como muerto. Arcalaus dijo: «No quiero que murais de otra muerte sino de esta.» E dijo á la dueña que los miraba: «¿Paréceos, amiga, que me vengaré bien deste caballero?—Paréceme, dijo ella, que vos vengaréis á vuestra voluntad.» E luego desarmó á Amadís, que no sabia de sí parte, é armóse él de aquellas armas é dijo á la dueña: «Este caballero no le mueva de aquí ninguno por cuanto vos amades, é así lo dejad fasta que el alma le sea salida.» E salió así armado al corral, é todos cuidaron que lo matara. E la dueña que de la cárcel saliera hacia gran duelo, mas en el de Gandalin no es de hablar; é Arcalaus dijo: «Dueña, buscad otro que de aquí os saque, que el que vistes despachado es.» Cuando por Gandalin fué esto oído cayó en tierra tal como muerto. Arcalaus tomó la dueña é dijo: «Venid conmigo, é veréis cómo muere aquel malaventurado que conmigo se combatió.» E llevándola donde Amadís estaba, le dijo: «¿Qué vos parece, dueña?» Ella comenzó agramente á llorar é dijo: «¡Ay buen caballero, cuánto dolor é tristeza será á muchos buenos la tu muerte!» Arcalaus dijo á la otra dueña, que era su mujer: «Amiga, desde este caballero sea muerto faced tornar esa dueña á la cárcel donde él la sacó, é yo me iré á casa del rey Lisuarte, é diré allá cómo me combatí con este; que de su voluntad é la mía fué acordado de tomar esta batalla con tal condicion, que el vencedor tajase al otro la cabeza, é lo fuese decir aquella corte dentro de quince días, é desta manera ninguno terná razon de me demandar esta muerte; é yo quedaré con la mayor gloria y alteza en las armas que haya caballero en todo el mundo, en haber vencido á este, que par no tenia.» E tornándose al corral, hizo poner en la cárcel oscura á Gandalin é al Enano. Gandalin quisiera que lo matara, é íbalo llamando: «Traidor, que mataste al mas leal

caballero que nunca nació.» Mas Arcalaus lo mandó llevar á sus hombres rastrando por la pierna, diciendo: «Si le matase no te daría pena; allá dentro la habrás muy mayor que la misma muerte.» Y cabalgando en el caballo de Amadís, llevando consigo tres escuderos, se metió en el camino donde el rey Lisuarte era.

CAPITULO XIX.

De cómo Amadís fué encantado por Arcalaus porque él quiso sacar de prison á la dueña Grindalaya é á otros, é cómo escapó de los encantamientos que Arcalaus le habia hecho.

Grindalaya, que así habia nombre la dueña presa, facia muy gran duelo sobre Amadís, que lástima era de la oír, diciendo á la mujer de Arcalaus é á las otras dueñas que con ella estaban: «¡Ay mis señoras! ¿no mirais qué fermosura de caballero y en qué tan tierna edad era uno de los mejores caballeros del mundo? ¿Mal hayan aquellos que de encantamientos saben, que tanto mal é daño á los buenos pueden hacer! ¡Oh Dios mio, que tal quieres sufrir!» La mujer de Arcalaus, que tanto como su marido era sojuzgado á la crueza é á la maldad, tan lo era ella á la virtud é piedad, é pesábale muy de corazon de lo que su marido hacia, é siempre en sus oraciones rogaba á Dios que lo emendase, consolaba á la dueña cuanto podía, y estando así, entraron por la puerta del palacio dos doncellas, é traian en las manos muchas candelas encendidas, é pusieron dellas á los cantos de la cámara donde Amadís yacia. Las dueñas que allí eran no las pudieron hablar ni mudarse de donde estaban; é la una de las doncellas sacó un libro de una arquita que so el sobaco traía, é comenzó á leer por él, é respondíale una voz algunas veces; é leyendo desta guisa una pieza, al cabo respondiéronle muchas voces juntas dentro en la cámara, que mas parecian de ciento. Entonces vieron cómo salía por el suelo de la cámara rodando un libro como que viento lo llevase, é paró á los pies de la doncella, y ella lo tomó é partiólo en cuatro partes, é fué las quemar en los cantos de la cámara, donde las candelas ardian; é tornóse donde Amadís estaba, é tomándolo por la diestra mano, le dijo: «Señor, levantad vos, que mucho yaceis cuitado.» Amadís se levantó é dijo: «¿Santa María! ¿qué fué esto, que por poco fuera muerto?—Cierto, Señor, dijo la doncella, tal hombre como vos no debia así morir; que ante querrá Dios que á vuestra mano mueran otros que mejor lo merecen.» E tornáronse ambas las doncellas por donde vinieran, sin mas decir. Amadís preguntó por Arcalaus qué se hiciera, é Grindalaya le contó cómo fuera encantado, é todo lo que Arcalaus dijera, é cómo era ido armado de sus armas y en su caballo á la corte del rey Lisuarte á decir cómo le matara. Amadís dijo: «Yo bien sentí cuando me él desarmó, mas todo me parecía como en sueños.» Y luego se tornó á la cámara, é armóse de las armas de Arcalaus, é salió del palacio, é preguntó qué ficieran á Gandalin é al Enano. Grindalaya le dijo que los metieran en la cárcel. Amadís dijo á la mujer de Arcalaus: «Guardadme esta dueña como vuestra cabeza fasta que yo torne.» Entonces bajó por la escalera é salió al corral. Cuando los hombres de Arcalaus así armado lo vieron, fuyeron y es-

parciéronse á todas partes; y él se fué luego á la cárcel y entró en el palacio donde los hombres matara, y de allí llegó á la prison en que estaban los presos, y el lugar era muy estrecho é los presos muchos, é habia mas en largo de cien brazadas, y en ancho una é media, y era así oscuro como adonde claridad ni aire podia entrar, y eran tantos, que ya no cabian. Amadís entró por la puerta é llamó á Gandalin; mas él estaba como muerto, é cuando oyó su voz estremeciése é no cuidó que era él, que por muerto lo tenía, é pensaba que él estaba encantado. Amadís se aquejó mas é dijo: «Gandalin, ¿dónde eres? ¡Ay Dios, que mal haces en me no responder!» E dijo contra los otros. «Decidme por Dios si es vivo el escudero que acá metieron.» El Enano, que esto oyó, conoció que era Amadís, é dijo: «Señor, acá yacemos é vivos somos, aunque mucho la muerte hemos deseado.» El fué muy alegre en lo oír, é tomó candelas, que cabe la lámpara del palacio estaban, y encendiéndolas, é tornó á la cárcel, é vió donde Gandalin y el Enano eran, é dijo: «Gandalin, sal fuera, é tras tí todos cuantos aquí están, que no quede ninguno.» E todos decian: «¡Ay buen caballero! Dios te dé buen galardón porque nos acorraste.» Entonces sacó de la cadena á Gandalin, que era el postrero, é tras él al Enano é á todos los otros que allí estaban cativos, que fueron ciento é quince, é los treinta caballeros; é todos iban tras Amadís á salir afuera de la cueva, diciendo: «¡Ay caballero bienaventurado! que así salió nuestro Salvador Jesucristo de los infiernos cuando sacó sus servidores; él te dé las gracias de la merced que nos faces.»

Así salieron todos al corral, donde veyendo el sol y el cielo, se fincaron de rodillas, las manos altas, dando muchas gracias á Dios, que tal esfuerzo diera á aquel caballero para lo sacar de lugar tan cruel é tan esquivo. Amadís los miraba, habiendo muy grande duelo de los ver tan mal trechos, que mas parecian en sus semblantes muertos que vivos; é vió entre ellos uno asaz grande é hien hecho, aunque la pobreza lo desemejase; este vino contra Amadís é dijo: «Señor caballero, ¿quién dirémos que nos libró desta cruel cárcel é tenebregura espantosa?—Señor, dijo Amadís, yo vos lo diré de muy buen grado. Sabed que he nombre Amadís de Gaula, hijo del rey Perion, é soy de la casa del rey Lisuarte é caballero de la reina Brisena, su mujer; é viniendo en busca de un caballero de la reina Brisena, su mujer; é vieniendo en busca de un caballero, me trajo aquí un enano por un don que le prometí.—Pues yo, dijo el caballero, de su casa soy, é muy conocido del Rey é de los suyos; donde me vi con mas honra que agora está.—¿De su casa sois? dijo Amadís.—Sí soy, cierto, dijo el caballero, é de allí salí cuando fuí puesto en esta mala ventura donde me sacastes.—E ¿cómo habeis nombre? dijo Amadís.—Bramdoibas,» dijo él. Cuando Amadís lo oyó, hobo con él muy gran placer, é fuélo á abrazar é dijo: «A Dios merced por quererme dar lugar que de tan cruda pena os sacase; que muchas veces al rey Lisuarte oí hablar de vos, é á todos los de la corte, en tanto que yo allí estuve, loando vuestras virtudes é caballerías, é habiendo gran sentimiento en nunca saber nuevas de vuestra vida.» Así que, todos los presos fueron ante Amadís é dijeronle: «Señor,

aquí somos en la vuestra merced; ¿qué nos mandais hacer? que de grado lo farémos, pues que tanta razon para ello hay.—Amigos, dijo él, que cada uno se vaya donde le mas agradare é mas provecho sea.—Señor, dijeron ellos, aunque vos no nos conozcais ni sepais de qué tierra somos, todos os conoscemos para vos servir; é cuando fuere sazón de os ayudar, no esperarémos vuestro mandado; que sin él acudiremos donde quiera que seais.» Con esto se fueron cada uno su via cuanto mas pudieron; que bien menester lo habian. Amadís tomó consigo á Bramdoibas é dos escuderos suyos que allí presos fueron, é fuése dende á la mujer de Arcalaus, que con otras mujeres estaba, é falló con ella á Grindalaya é dijo: «Dueña, por vos é por estas vuestras mujeres deo de quemar este castillo; que la gran maldad de vuestro marido me daba á ello causa; pero dejarse ha por aquel acatamiento que los caballeros deben á las dueñas é doncellas.» La dueña le dijo, llorando: «Dios es testigo, señor caballero, del dolor é pesar que mi ánimo siente en lo que Arcalaus, mi señor, face; mas no puedo yo sino como á marido obedecerle é rogar á Dios por él; en vuestra mesura es de hacer contra mí lo que, Señor, quisierdes.—Lo que yo haré, dijo él, es lo que dicho tengo; mas ruégovos mucho nos hagais dar unos paños ricos para esta dueña, que es de grande guisa, é para este caballero unas armas, que aquí le fueron tomadas las suyas, é un caballo; é si desto sentis agravio, no se os demandará, sino que yo llevaré las armas de Arcalaus por las mias é su caballo por el mio; é bien vos digo que la espada que él me lleva querria mas que todo esto.—Señor, dijo la dueña, justo es lo que demandais, é que lo no fuese, conociendo vuestra mesura, lo haria de grado.» Entonces mandó traer las mismas armas de Bramdoibas, é fizole dar un caballo, é á la dueña metió en su cámara é vistióla de unos paños suyos asaz buenos, é trájola ante Amadís é rogóle que comiese ante que fuese noche alguna cosa. El lo otorgó, pues la dueña se lo fizo dar, lo mejor que haber se pudo. Grindalaya no podia comer, antes se quejaba mucho por se ir del castillo de que Amadís é Bramdoibas se reian de gana, é mucho mas del Enano, que estaba tan espantado, que no podia comer ni hablar, é la color tenia perdida. Amadís le dijo: «Enano, ¿quieres que esperemos á Arcalaus, é darte he el don que me soltaste?—Señor, dijo él, tan caro me costó este que á vos ni á otro ninguno nunca don pediré en cuanto viva; é vayamos de aquí antes que el diablo acá lo torne; que no me puedo sufrir sobre esta pierna de que estuve colgado, é las narices llenas de la piedra zufre que debajo me puso, que nunca he hecho sino estornudar é aun otra cosa peor.» Grande fué la risa que Amadís é Bramdoibas, é aun las dueñas é doncellas, tuvieron con lo que él dijo; é desde que los manteles alzarón Amadís se despidió de la mujer de Arcalaus, y ella lo acomendó á Dios é dijo: «Dios ponga avenencia entre mi señor é vos.—Cierto, dueña, dijo Amadís, aunque la no tenga con él, la terné con vos, que lo mereceis.» E á tiempo fué que esta palabra que allí dijo aprovechó mucho á la dueña, así como en el cuarto libro desta historia vos será contado.

Entonces cabalgaron en sus caballos, é la dueña en

un palafren, é saliendo del castillo, anduvieron todo aquel día de consuno hasta la noche, que albergaron en casa de un infanzon que á cinco leguas del castillo moraba, donde les fué fecha mucha honra é servicio; é otro día oyendo misa, despedidos del huésped, entraron en su camino, é Amadís dijo á Bramdoibas: «Buen señor, yo ando en busca de un caballero, como vos dije, é vos andais fatigado; bien será que nos partamos. — Señor, dijo él, á mí me conviene ir á la corte del rey Lisuarte, é si mandádes, aguardar vos he. — Mucho vos lo agradezco, dijo Amadís; mas á mí conviene andar solo, é poner esa dueña en el lugar donde querrá ir. — Señor, dijo ella, yo iré con este caballero adonde él va, porque hí fallaré aquel por quien yo fui presa, que habrá placer con mi vista. — En el nombre de Dios, dijo Amadís, é á Dios vayais encomendados.» Así se partieron, como oís, é Amadís dijo al Enano: «Amigo, ¿qué farás de tí? — Lo que vos mandádes, dijo él. — Lo que yo mando, dijo Amadís, es que hagás lo que te mas pluguiere. — Señor, dijo él, pues en mí lo dejais, querría ser vuestro vasallo para os servir; que no siento yo agora con quien mejor vivir pueda. — Si á tí place, dijo Amadís, así face á mí, é yo te recibo por mi vasallo.» El Enano le besó la mano; é Amadís anduvo por el camino como la aventura lo guiaba, é no tardó mucho que encontró una de las doncellas que le guardaban llorando fuertemente, é díjole: «Señora doncella, ¿por qué lloras? — Lloro, dijo ella, por una arqueta que me tomó aquel caballero que allí va, é á él no tiene pro, aunque por lo que en ella va fué escapado de muerte no há tercero día el mejor caballero del mundo; é por otra mi compañera que otro caballero lleva por fuerza para la deshonorar.» Esta doncella no conoció á Amadís, por el yelmo que había puesto, como de mas lueñe había los caballeros visto; é como aquello oyó, pasó por ella é alcanzó al caballero é díjole: «Cierto, caballero no is como cortés en hacer que la doncella tras vos vaya llorando; conséjovos que la desmesura cese, é tornadle su arca.» El caballero comenzó de reir, é Amadís le preguntó: «¿Por qué reis? — De vos me río, dijo él; que vos tengo por loco en dar consejo á quien no os lo demanda ni hará nada de lo que dijédes. — Podría ser, dijo Amadís, que no os vernia bien dello, é dadle su arca, pues á vos no tiene pro. — Parece, dijo el caballero, que me amenazais. — Amenázaos vuestra gran soberbia, dijo Amadís, que vos pone en hacer esta fuerza á quien no debíades.» El caballero puso el arqueta en un árbol é dijo: «Si vuestra osadía es tal como las palabras, venid por ella é dadla á su dueño.» E volvió la cabeza del caballo contra él. Amadís, que ya con saña estaba, fué para él, y él vino cuanto mas pudo á lo ferir, y encontróle en el escudo, que gelo falsó, mas no pasó el arnés, que era fuerte, é quebró la lanza; é Amadís le encontró tan duramente, que lo derribó en tierra y el caballo sobre él, é fué tan mal trecho, que se no pudo levantar. Amadís tomó el arca é dióla á la doncella, é dijo: «Atended aquí en tanto que socorro á la otra.» Entonces fué cuanto pudo por donde vió al caballero, é á poco rato hallólo entre unos árboles, donde tenia atado su caballo y el palafren de la doncella, y el caballero con ella, é forzán-

dola para la deshonorar, y ella daba grandes voces, é llevábala por los cabellos á una mata, y ella decia con gran cuita: «¡Ay traidor! enemigo mio, ahína mueras de mala muerte por esto que me faces en así me querer deshonorar, de mí no recebiendo daño.» En esto estando, llegó Amadís dando voces é diciendo que dejase la doncella, y el caballero, que lo vió, fué luego á tomar sus armas é cabalgó en su caballo, é dijo: «En mal punto me estorbádes de hacer mi voluntad. — Dios confunda tal voluntad, dijo Amadís, que así face perder la vergüenza á caballero. — Cierto, si me no vengase de vos, dijo el caballero, nunca traeria armas. — El mundo perdería muy poco, dijo Amadís, en que las desmamparádes, pues con tanta vileza usais dellas, forzando á las mujeres, que muy guardadas deben ser de los caballeros.» Entonces se acometieron al mas correr de los caballos, y encontráronse tan duramente, que fué maravilla, y el caballero quebró su lanza; mas Amadís lo lanzó por cima del arzon trasero é dió del yelmo en el suelo; é como el cuerpo todo cayó sobre el pescuezo, torgióselo de tal guisa, que quedó mas muerto que vivo. Amadís, que así lo vió tan mal trecho, trajo el caballo sobre él, diciendo: «Así perderéis el celo deshonesto.» E dijo á la doncella: «Amiga, deste ya no temeréis. — Así me parece, Señor, dijo ella; mas tiempo de otra doncella, mi compañera, á quien tomaron una arqueta, que no reciba algun daño. — No temais, dijo Amadís, que yo gela fice dar, é veisla que viene con mi escudero.» Entonces se tiró el yelmo, é la doncella lo conoció, y él á ella, que esta era la que le llevó, viniendo él de Gaula, á Urganda la Desconocida, cuando sacó á su amigo por fuerza de armas del castillo de Bradoid; é descendiendo del caballo, la fué á abrazar, é así lo fizo á la otra desque llegó, é dijéronle: «Señor, si supiéramos que tal defensor teniamos, poco temiéramos de ser forzadas; é bien podeis decir que si vos acorrimos fué por vuestro merecimiento que nos acorristes. — Señoras, dijo Amadís, en mayor peligro era yo, é ruégoos que me digais cómo lo sopistes.» La doncella, que por la mano lo alzara, le dijo: «Señor, mi tía Urganda me mandó bien há diez días que trabajase por llegar allí aquella hora para vos librar. — Dios gelo agradezca, dijo él, é yo la serviré en lo que mandare é quisiere, é á vos, que tan bien lo hecistes, é val si soy para mas menester. — Señor, dijeron ellas, tornad á vuestro camino, que por nos dejastes, é nosotras irémos el nuestro. — Adios vayais, dijo él; encomendadme mucho á vuestra señora, é decidle que ya sabe que soy su caballero.» Las doncellas se fueron su camino, é Amadís tornó al suyo, donde quedará por contar lo que Arcalaus hizo.

CAPITULO XX.

Cómo Arcalaus llevó nuevas á la corte del rey Lisuarte cómo Amadís era muerto, é de los grandes llantos que en toda la corte por él se hicieron, é en especial Oriana.

Anduvo tanto Arcalaus despues que se partió de Amadís, donde lo dejó encantado, en su caballo é armado de sus armas, que á los diez días llegó á casa del rey Lisuarte, una mañana cuando el sol salía, é á esta sazón el rey Lisuarte cabalgara con muy grande compañía é

andaba entre su palacio é la floresta; é vió cómo venia Arcalaus contra él, é cuando conocieron el caballo é tambien las armas, todos cuidaron que Amadís era, y el Rey fué á él muy alegre; mas siendo mas cerca, vieron que no era el que pensaban, que él traía el rostro é las manos desarmadas, é fueron maravillados. Arcalaus fué ante el Rey, é dijo: «Señor, yo vengo á vos porque hice tal pleito de parecer aquí á contar cómo maté en una batalla á un caballero; é cierto, yo vengo con vergüenza, porque antes de otros que de mí querría ser loado; pero no puedo al hacer, que tal fué la conveniencia de entre él é mí, que el vencedor cortase la cabeza al otro y se presentase ante vos hoy en este día, é mucho me pesó que me dijo que era caballero de la Reina, é yo le dije que si me matase, que mataba á Arcalaus, que así le nombre, y él dijo que había nombre Amadís de Gaula; así que, él de aquesta guisa rescibió la muerte, é yo quedé con la honra y prez de la batalla. — ¡Ay santa María! val, dijo el Rey, muerto es el mejor caballero et mas esforzado del mundo. ¡Ay Señor Dios! ¿por qué os plugo de hacer tan buen comienzo en tal caballero?» E comenzó de llorar muy esquivo llanto, é todos los otros que allí estaban. Arcalaus se tornó por do viniera, asaz con enojo, é maldecíanle los que lo veían, rogando é haciendo petición é Dios que le diese presto mala muerte; y ellos mismos gela dieran, sino porque, segun su razon, no había causa ninguna para ello.

El Rey se fué para su palacio muy pensoso é triste á maravilla, é las nuevas sonaron á todas partes fasta llegar á casa de la Reina; é las dueñas, que oyeron ser Amadís muerto, comenzaron de llorar; que de todas era muy amado y querido. Oriana, que en su cámara estaba, envió á la doncella de Denamarca que sopiese qué cosa era aquel llanto que se hacia. La doncella salió, é como lo supo volvió, friendo con sus palmas en el rostro, é llorando muy fieramente, fué ante Oriana é díjole: «¡Ay señora! ¿qué cuita y qué gran dolor!» Oriana se estremeció toda, é dijo: «¡Ay santa María! si es muerto Amadís.» La doncella dijo: «¡Ay cativa! que muerto es.» E falleciéndole á Oriana el corazón, cayó en tierra amortecida. La doncella, que así la vió, dejó de llorar é fuese á Mabilia, que hacía muy gran duelo, mesando sus cabellos, é díjole: «Señora Mabilia, acorred á mi señora, que se muere.» Ella volvió la cabeza, é vió á Oriana yacer en el estrado, como si muerta fuese, é aunque su cuita era muy grande, que mas no podia ser, quiso remediar lo que convenia, é mandó á la doncella que la puerta de la cámara cerrase, porque ninguno así no la viese, é fué tomar á Oriana entre sus brazos é hizole echar agua fria por el rostro, con que luego acordó ya cuanto; é como fablar pudo, dijo llorando: «¡Ay amigas! ¡por Dios no estorbeis la mi muerte si mi descanso deseais, y no me hagais tan desleal, que sola una hora viva sin aquel que, no con mi muerte, mas con mi gana, él no pudiera vivir ni tan sola una hora!» Otrosí dijo: «¡Ay flor y espejo de toda caballería, que tan grave y extraña es á mí la vuestra muerte, que por ella no solamente yo padeceré, mas todo el mundo en perder aquel su gran caudillo é capitán, así en las armas como en

todas las otras virtudes, donde los que en él viven, ejemplo podían tomar! Mas si algun consuelo al mi triste corazón consuelo da, no es sino que no pudiendo él sufrir tan cruel ferida, despidiéndose de mí, se va para el vuestro, que aunque en la tierra fria es su morada, donde desfechos é consumidos serán aquel gran encendimiento de amor, que siendo en esta vida apartados con tanta afición sostenian, muy mayor en la otra siendo juntos, si posible fuese de le ser otorgado, sosternán.» Entonces se amortesció de tal guisa, que de todo en todo cuidaron que muerta fuese; é aquellos sus muy fermosos cabellos tenia muy revueltos y tendidos por la tierra, y las manos tenia sobre el corazón, donde la rabiosa muerte le sobreviniera, padeciendo en mayor grado aquella cruel tristeza que los placeres é deleites fasta allí en sus amores habido habían; así como en las semejantes cosas de aquella calidad continuamente acaecen.

Mabilia, que verdaderamente cuidó que muerta era, dijo: «¡Ay Dios, Señor! no te plega de yo mas vivir, pues las dos cosas que en este mundo mas amaba son muertas!» La doncella le dijo: «Por Dios, Señora, no fallezca á tal hora vuestra discrecion, é acorred á lo que remedio tiene.» Mabilia, tomando esfuerzo, se levantó, é tomando á Oriana, la pusieron en su lecho. Oriana sospiró entonces, y meneaba los brazos á una é á otra parte, como que el alma se le arrancase. Cuando esto vió Mabilia tomó del agua, é tornógela á echar por el rostro et por los pechos, et hizola abrir los ojos et acordar algo mas; díjole: «¡Ay Señora! qué poco seso este, que así os dejais morir con nuevas tan livianas como aquel caballero trajo, no sabiendo ser verdad; el cual, ó por le demandar aquellas armas é caballo á vuestro amigo, ó quizá por gelo haber furtado, las podría alcanzar, que no por aquella via que él dijo; que no le hizo Dios tan sin ventura á vuestro amigo para tan presto así del mundo lo sacar; lo que vos haréis, si de vuestra cuita tan grande algo se sabe, será perderos para siempre.» Oriana se esforzó algun tanto más, y tenia los ojos metidos en la finiestra donde ella hablara con Amadís al tiempo que allí primero llegó, é dijo con voz muy flaca, como aquella que las fuerzas había perdido: «¡Ay finiestra, qué cuita es á mí aquella hermosa fabla que en tí fué hecha! yo sé bien que no durarás tanto, que en tí otros dos hablen tan verdadera y desengañada habla.» Otrosí dijo: «¡Ay mi amigo, flor de todos los caballeros, cuantos perdieron acorro y defendimiento en vuestra muerte, y qué cuita é dolor á todos ellos será! mas á mí mucho mayor y mas amargosa, como aquella que muy mas que suya vuestra era; que así como en vos era todo mi gozo é mi alegría, así vos faltando, es tornado al revés de graves é incomportables tormentos; mi ánimo asaz será fatigado hasta que la muerte, que yo tanto deseo, me sobrevenga, la cual siendo causa que mi ánima con la vuestra se junte, de muy mayor descanso que la atribulada vida me será ocasion.» Mabilia con semblante sañado le dijo: «¡Cómo, Señora! ¿pensais vos que si yo estas nuevas creyese, que ternia esfuerzo para ninguno consolar? No es así pequeño ni liviano el amor que á mi primo tengo; antes, así Dios me salve, si con razon lo

pudiese creer, á vos ni á cuantos en este mundo que bien le quieren no daría ventaja de lo que por su muerte se debía mostrar y hacer; así que, lo que haceis es sin ningún provecho, é podría mucho daño acarrear, pues que con ello muy presto se podría descubrir lo que tan encelado tenemos.» Oriana, oyendo esto, le dijo: «Deso ya poco cuidado tengo; que agora tarde ó ahína no puede tardar de ser á todos manifesto, aunque yo pune de lo encubrir; que quien vivir no desea, ningún peligro temer puede, aunque le viniere.» En esto que ois estuvieron todo aquel día, diciendo la doncella de Denamarca á todos cómo Oriana no se osaba apartar de Mabilia porque se no matase: tan grande cuita era la suya; mas la noche venida, con mas fatiga la pasaron, que Oriana se amorteció muchas veces; tanto, que nunca al alba la pensaron llegar: tanto era el pensamiento é cuita que en el corazón tenía. Pues otro día, á la hora que los manteles al Rey querían poner, entró Bramdoibas por la puerta del palacio llevando á Grindalaya por la mano, como á aquella que afición tenía; que mucho placer á los que lo conocían dió, porque gran pieza de tiempo había pasado que dél ningunas nuevas sopieran, é ambos fincaron los hinojos ante él. El Rey, que lo mucho preciaba, dijo así: «Bramdoibas, seais muy bien venido; ¿cómo tardastes tanto, que mucho os hemos deseado?» A la razón que el Rey decía, respondió é dijo: «Señor, fui metido en tan gran prisión, donde no pudiera salir en ninguna guisa, sino por el muy buen caballero Amadís de Gaula, que por su cortesía sacó á mí é á esta dueña é á otros muchos; haciendo tanto en armas cual otro ninguno hacer pudiera, é hobiéramo muerto por el mayor engaño que nunca se vió el traidor de Arcalaus; pero fué acorrido de dos doncellas, que no lo debieran amar poco.» El Rey cuando esto oyó levantóse presto de la mesa. é dijo: «Amigo, por la fe que á Dios debeis é á mí, que me digais si es vivo Amadís. — Por esa fe, Señor, que decis, digo que es verdad que le dejé vivo é sano aun no há diez días; mas ¿por qué lo preguntáis? — Porque nos vino á decir anoche Arcalaus que lo matara,» dijo el Rey; é contóle por cuál guisa lo había contado. «¡Ay Santa María! dijo Bramdoibas, ¿qué mal traidor! Pues peor se le paró el pleito que él cuidaba.» Entonces contó al Rey cuanto les aconteciera con Arcalaus, que nada faltó, como ya lo habeis oído ante desto. El Rey é todos los de su casa cuando lo oyeron fueron tan alegres, que mas no lo podían ser, é mandó que llevasen á la Reina á Grindalaya y le contase nuevas de su caballero; la cual, así della como de todas las otras, fué con mucho amor é gran alegría recibida por las buenas nuevas que les dijo. La doncella de Denamarca, que las oyó, fué cuanto mas pudo á las decir á su señora, que de muerta á viva la tornaron; é mandóle que fuese á la Reina y les enviase la dueña, porque Mabilia la quería hablar, é luego lo hizo, que Grindalaya se fué á la cámara de Oriana é díjoles todas las buenas nuevas que traía; y ellas le hicieron mucha honra, é no quisieron que en otra parte comiese sino á su mesa, por tener lugar de saber mas por extenso aquello que tan gran alegría á sus corazones, que tan tristes habían estado, les daba; mas cuando Grindalaya les venía á contar por donde

Amadís había entrado en la cárcel, é cómo matara á los hombres carceleros, é la sacara á ella de donde tan cuitada estaba, é la batalla que con Arcalaus hobiera, é todo lo otro que pasara, á gran piedad hacia sus ánimos mover.

Así como ois estaban en su comer, tornada la su gran tristeza en mucha alegría. Grindalaya se despidió dellas é tornóse donde la Reina estaba, é falló allí al rey Arban de Norgales, que mucho la amaba, que la andaba á buscar, sabiendo que allí era venida. El placer que ambos hobieron no se vos podría contar. Allí fué acordado entre ellos que ella quedase con la Reina, pues que non fallaría en ninguna parte otra casa que tan honrada fuese, é Arban de Norgales dijo á la Reina cómo aquella dueña era hija del rey Android de Serolis, y que todo el mal que recibiera había sido á su causa dél; que le pedía por merced la tomase consigo, pues ella quería ser suya. Cuando la Reina esto oyó, mucho le plugo de en su compañía la recibir, así por las buenas nuevas que de Amadís de Gaula trujera, como por ser persona de tan alto lugar; é tomándola por la mano, como á hija de quien era, la hizo seer ante sí, demandándole perdon si no la había tanto honrado, que la causa dello fuera no la conocier. También supo la Reina cómo esta Grindalaya tenía una hermana, muy hermosa doncella, que Aldeva había nombre, que en casa del duque de Bristoya se había criado, é mandó la Reina que luego gela trajesen, para que en su casa viviese, porque la deseaba mucho ver. Esta Aldeva fué la amiga de don Galaor, aquella por quien él recibió muchos enojos del enano que ya oistes decir. Así como ois estaba el rey Lisuarte é toda su corte mucho alegres, é con deseo de ver á Amadís, que tan gran sobresalto les pusieron aquellas malas nuevas que dél les habían dicho; de los cuales dejará la historia de hablar, é contará de don Galaor, que há mucho que dél no se dijo ni hizo memoria.

CAPITULO XXI.

Cómo don Galaor llegó á un monesterio muy llagado, y estuvo allí quince días, en fin de los cuales fué sano; é lo que despues le sucedió.

Don Galaor estuvo quince días llagado en el monesterio donde la doncella que él sacara de prisión lo llevó, en cabo de los cuales, siendo en disposición de tomar armas, se partió de allí é anduvo por un camino donde la ventura lo guiaba, que su voluntad no era de ir mas á un cabo que á otro, é á la hora de mediodía hallóse en un valle donde había una fuente, é falló cabe ella un caballero armado, mas no tenía caballo ni otra ninguna bestia, de que fué maravillado, é díjole: «Señor caballero, ¿cómo venistes aquí á pie?» El caballero de la fuente le respondió: «Señor, yo iba por esta floresta á un mi castillo, é fallé unos hombres que me mataron el caballo, é hobe de venir aquí á pie muy cansado, é así habré de tornar al castillo, que no saben de mí. — No tornaréis, dijo don Galaor, sino cabalgando en aquel palafren de mi escudero. — Muchas mercedes, dijo él; pero antes que nos vayamos quiero que sepais la gran virtud desta fuente, que no hay en el mundo tan fuerte ponzoña que contra esta agua fuerza tenga. — E

muchas veces acaece beber aquí algunas bestias emponzoñadas é luego revientan; así que, todas las personas desta comarca vienen aquí á guarecer de sus enfermedades. — Cierto, dijo don Galaor, maravilla es lo que decis, é yo quiero beber de tal agua. — E ¿quién haría ende al? dijo el caballero de la fuente; que siendo en otra parte, la debriades buscar. — Entonces descabalgó Galaor é dijo á su escudero: «Desciende y bebamos.» El escudero lo hizo, é acostó las armas á un árbol. El caballero de la fuente dijo: «Id vos á beber, que yo terné el caballo.» El fué á la fuente por beber, y en tanto que bebían enlazó el yelmo, é tomó el escudo é lanza de don Galaor, é cabalgando en el caballo, le dijo: «Don caballero, yo me voy, y quedad aquí vos fasta que á otro engañeis.» Galaor, que bebía, alzó el rostro, é vió cómo el caballero se iba, é dijo: «Cierto, caballero, no solamente me fecistes engaño, mas gran deslealtad, y eso vos probaré yo si me aguardais. — Eso quede, dijo el caballero, para cuando tengais otro caballo é otras armas con que os combatais.» E dando de las espuelas al caballo, se fué su vía.

Galaor quedó con gran saña, y en cabo de una pieza que estuvo pensando, cabalgó en el palafren en que las armas le traían, é fué por la vía que el caballero fué; y llegando donde el camino en dos partes se apartaba, estuvo allí un poco, que no sabía por dónde fuese, é vió por el un camino venir una doncella á gran priesa encima de un palafren, é atendióla fasta que llegase donde él estaba, é llegando, dijo: «Doncella, ¿por ventura vistes un caballero que va encima de un caballo hayo, é lleva un escudo blanco é una flor bermeja? — Y ¿qué lo queréis vos?» dijo la doncella. Galaor le respondió é dijo: «Aquellas armas é caballo que son mías, y querriades cobrar si pudiese, pues tan vilmente me las tomó. — ¿Cómo os las tomó?» dijo la doncella. El gelo contó todo como aviniera. «Pues ¿qué le fariades así desarmado? dijo ella; que, segun creo, él no vos las tomó para las tornar. — No querria, dijo Galaor, sino juntarme con él. — Pues si me otorgais un don, dijo ella, yo vos juntaré con él.» Galaor, que mucho deseaba hablar al caballero, otorgólelo. «Agora me seguid,» dijo ella; é volviendo por do viniera, fué por el camino, é Galaor en pos della; pero la doncella fué una pieza delante, que el palafren de Galaor no andaba tanto, porque llevaba á él é á su escudero, é anduvo bien tres leguas que no la vió, é pasando una arboleda de espesos árboles, vió la doncella que contra él venía; é Galaor se fué á ella; mas la doncella andaba con engaño, que el caballero era su amigo, é fuéle decir cómo llevaba á Galaor; que le tomase las otras armas que llevaba. El se metió en una tienda así armado como estaba, é dijo á la doncella que allí gelo llevase, que sin peligro lo podría matar ó escarnecer. Pues yendo así como ois, llegaron á la tienda, é la doncella dijo: «Allí está el caballero que demandais.» Galaor descabalgó é fué para allá; mas el otro, que á la puerta estaba, dijo: «No fecistes acá buena venida, que habréis á dar esas otras armas ó seréis muerto. — Cierto, dijo don Galaor, de tan desleal caballero como vos no me temo nada; y el caballero alzó la espada por lo herir, é Galaor se guardó del golpe, que siendo muy ligero é de gran esfuerzo,

tuvo para ello tiento, y perdiendo el otro el golpe, que fué en vacío, dióle por cima del yelmo tan dura ferida, que los hinojos hincó en tierra, é así tomóle por el yelmo, é tiró tan recio, que gelo arrancó de la cabeza é fizolo caer tendido. El caballero dió muy grandes voces á su amiga que lo socorriese, y ella, que lo oyó, vino cuanto pudo á la tienda, diciendo á grandes voces: «Estad quedo, caballero; que este es el don que os demandé; pero Galaor lo había ferido con la saña que tenía de tal guisa, que no hobo menester maestro. Cuando la doncella lo vió muerto dijo: «¡Ay cativa! que mucho tardé; é cuidando engañar á otro, engañé á mí.» Desi dijo contra Galaor: «¡Ay caballero! de mala muerte seais muerto; que matastes la cosa que en el mundo mas amaba; mas tú morirás por él; que el don que me prometiste te lo demandaré en parte donde no podrás de la muerte fuir, aunque mas fuerza tengas; é si no me lo das, por todas partes serás de mí apregonado é aviltado.» Galaor le respondió é dijo: «Si yo cuidara que vos tanto había de pesar no lo matara, aunque bien lo merecía, é debiéradeslo antes acorrer. — Yo fice el yerro, dijo ella, é yo lo emendaré, que haré dar tu vida por la suya.» Galaor cabalgó en su caballo, y el escudero tomó las armas é partióse de allí; é siendo alongado cuanto una legua, volvió la cara á la mano diestra, é vió cómo la doncella venía tras él, é como á él llegó, díjole: «Señora doncella, ¿dónde quereis ir? — Con vos, dijo ella, fasta llegar donde me deis el don que prometido me teneis, é vos faga morir de mala muerte. — Mejor sería, dijo don Galaor, tomar de mí otra emienda, cual vos mas quisiédes, que no esa que decis. — Otra emienda, dijo ella, no habrá sino dar vuestra alma por la suya, ó quedar por traidor é falso.» Así se fué Galaor su camino, é la doncella con él, que nunca al facia sino denostarle; y en cabo de tres días entraron en una floresta que Angaduza había nombre.

El autor aquí deja de hablar desto, para lo contar en su lugar, é torna á Amadís, que partido de las doncellas de Urganda, como os ya contamos, anduvo fasta medio día, é saliendo de una floresta por donde caminaba, fallóse en un llano, en que vió una hermosa fortaleza, é vio ir por el llano una carreta, la mayor é mas fermosa que nunca vió, y llevábanla doce palafrenes, é iba cubierta por cima de un jamete bermejo; así que, se no podía ver nada de lo que dentro era. Esta carreta era guardada de ocho caballeros armados de todas cuatro partes. Amadís, como la vió, fué contra ella con gana de saber qué fuese aquello, y llegando á ella, salió á él un caballero, que le dijo: «Tiradvos afuera, señor caballero, é no seais osado á llegar. — Yo no llevo por mal, dijo Amadís. — Como quiera que sea, dijo el otro, no vos trabajeis dello; que no sois tal que debais ver lo que ahí va; é si en ello porfiades, costaros ha la vida, que os habeis de combatir con nosotros; é aquí hay tales que con su sola persona os lo defenderían, cuanto mas todos de consuno. — No sé nada de su bondad, mas todavía, si puedo, veré lo que en la carreta va.» Entonces tomó sus armas, é los dos caballeros que delante venían fueron para él, y él á ellos. El uno lo hirió en el escudo de guisa que quebró su lanza, y el otro falleció de su golpe. Amadís derribó al que lo encontró sin detención